



# EL AÑO SIN VERANO

Carlos  
del Amor

# EL AÑO SIN VERANO

Carlos  
del Amor



ESPASA  NARRATIVA

© Carlos del Amor Gómez, 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño e imagen de cubierta: más!gráfica

Ilustraciones de interior: © Coco Dávez, 2015

Imagen de interior (página 55) © Madrid, Museo Nacional del Prado

Depósito legal: B. 725-2015

ISBN: 978-84-670-4371-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

**E**n mayo de ese año un meteorólogo francés alertó a la población afirmando, sin dejar resquicio a la duda, que ese verano no habría verano. El parte que se emitió decía lo siguiente:

*Tras analizar diversas variantes, los cálculos apuntan a la persistencia de un frío anómalo durante los tres meses de verano (junio, julio y agosto), con precipitaciones abundantes. Las temperaturas podrán ser entre dos y tres grados inferiores a lo normal. Este es el escenario medio que se dibuja para este trimestre, que también tendrá picos de calor puntuales.*

El último no verano había acaecido en 1816. Si uno echa un vistazo rápido a lo que sucedió aquel año, comprobará que no pasó nada extraordinario: 1816 fue bisiestro, comenzó un lunes y, salvo que un día de esos trescientos sesenta y seis se hizo la pri-

mera fotografía, no destacó por ser un año especialmente llamativo, con la excepción de que a la primavera le siguió el invierno y que a ese fenómeno le debemos, en cierto modo, haber pasado miedo mucho tiempo después. En 1816, lord Byron y una Mary Shelley de 19 años, entre otros, pasaban sus vacaciones en Villa Diodati, Suiza. El verano no acudió a su cita por la erupción del Tambora, y el frío y la lluvia provocaron que apenas pudieran salir de la mansión. Para pasar el rato, Byron retó a los huéspedes a que escribieran relatos de terror. El de Mary Shelley fue el germen de *Frankenstein*.

La primera entrada que se encuentra en internet al teclear esa fecha señala que fue «el año sin verano», también conocido como «año de pobreza», «el verano que nunca fue», «el año que no tuvo verano» o «mil ochocientos... y helados a muerte».

2013 se presentaba de esa manera cuando el canal Météo francés hizo el anuncio. En ese momento, yo estaba en un apartamento en Cannes haciendo la maleta después de cubrir para televisión una edición más del festival de cine. Llovía, llovía con rabia, como lo había hecho diez de los quince días del evento. Un festival de cine con lluvia es como un año sin verano: le falta alegría, le falta brillo, le falta color. Ganó la película *La vida de Adèle* y en el palmarés final aparecía *Like father, like son*, un filme japonés que cuenta la historia de dos niños que son cambiados al nacer y dejan el hospital con los padres equivocados.

La paternidad y la relación con los progenitores bajo el prisma de la cultura nipona, tan poco dada a emociones públicas. Yo entonces no lo sabía, pero poco tiempo después mi vida iba a cambiar en sentidos parecidos a los expresados por esa película.

Durante un verano que supuestamente no debió existir, y que de alguna manera no existió para mí, murió mi padre y supe que iba a ser padre.

Estos dos acontecimientos, coincidentes en el tiempo, sucedieron mientras se suponía que iba a empezar a escribir mi segundo libro. El primero, un conjunto de relatos, había sido una especie de prueba para ver si había madera que arrojar al mundo editorial o me quedaba en el clásico escritor de un solo libro, cosa que, por otra parte, nunca había soñado hacer. Con la editorial ya estaba pactada, al menos de palabra, una novela; eso sí, ni firmamos un contrato ni había fecha de entrega, con lo cual la presión era menor. Aun así, ya me veía, como describía de forma exagerada en el prólogo de mi debut literario, no cogiendo el teléfono a mis editoras.

Las vacaciones de ese verano estaban reservadas para escribir, para seguir una disciplina más o menos férrea y comenzar con un armazón firme que luego pudiese desarrollar; sin embargo, no hubo manera, me era imposible encontrar un hueco para ponerme a ello.

Mi padre ya estaba enfermo, pero no como para morir. Y ese «no como para» es lo que nos dejó

descolocados. Un mensaje de mi hermano me advirtió de que se había puesto muy malo. No supe de verdad lo que significaba «ponerse muy malo» hasta que entré en la habitación de la casa de mi padre y supe que «muy malo» es sinónimo de estar muriéndote.

No están hechos los veranos para morir, ni las casas de vacaciones tienen la infraestructura necesaria ni la solemnidad suficiente para convertirse en lugares de últimos y definitivos adioses. Pero el escenario era ese: una habitación de unos veinte metros cuadrados con una cama de matrimonio siempre hecha, con una colcha rosa encima, y otra cama ortopédica articulada al lado en la que mi padre pasaría sus últimos cinco días. Cerca, un ventilador de pie giratorio que emitía una especie de crujido cada vez que el cabezal llegaba al límite. Y gente desfilando, gente que iba y venía, y ojos llorosos, y los cinco hermanos reunidos en torno a la cama robotizada.

Cuando vi a mi padre, la primera impresión fue desconcertante, como si no le reconociese, como si el hombre que estaba allí tumbado, con una sábana fina cubriéndole hasta el pecho, no fuese el mismo que unos treinta o treinta y cinco años atrás había sido capaz de levantarme con un solo brazo. Su mujer, que no es mi madre y con la que nunca he tenido mucho contacto, deambulaba por la habitación de vez en cuando y nos explicaba una situación que ya era irreversible. Mi padre me reconoció, aunque

creo que reconoció más al niño que fui que al hombre que tenía delante, porque los parches de morfina provocaban que su cabeza y sus pensamientos se remontasen en el tiempo. Recuerdo que me pidió el móvil, le pregunté que a quién quería llamar y me dijo que a su madre. Su madre, mi abuela, que se había ido hacía quince años.

De esos días me quedo con una sensación: al darle un beso, al sentir su rostro cerca, notaba cómo me raspaba, cómo su cara recién afeitada era áspera y cortante, como lo había sido en mi niñez. Imagino que todos los niños le dicen eso a sus padres, «papá, que raspas», cuando les dan besos.

Mi padre murió la mañana de un sábado en la que medio país se disponía a empezar sus vacaciones de verano, un 31 de julio, el mismo día en el que un periódico publicó que yo iba a ser padre al cabo de muy pocos meses.

La muerte de mi padre provocó un cambio en mi agenda y tuve que precipitar mi vuelta a Madrid, ya que había consumido todos los días libres disponibles, incluso los tres que te dan por muerte de un familiar cercano, siempre que presentes un certificado de defunción. La burocracia es fría y no entiende de duelos. Te dan el pésame y, pasado el trámite, te piden el certificado. Parece ser que hay gente que se inventa muertes para cogerse puentes o alargar viajes. Sí, no frunzan el ceño ni se extrañen, conozco ya un par de casos.

**E**l 2 de agosto dejé el coche en mi garaje habitual. Estaba desierto, jamás lo había visto así. Al llegar al portal, abrí la puerta y maldije una nueva avería en el ascensor, tan bonito y antiguo como poco práctico. Vivo en un sexto piso de un edificio de siete plantas, así que emprendí la escalada resignado. Cuando iba por el tercero, di una patada a algo, encendí la luz del rellano y vi un enorme manojo de llaves. Lo recogí, seguí subiendo, cerré la puerta del ascensor en el cuarto —donde debía de llevar abierta varios días—, suspiré porque no parecía que estuviera averiado y por fin llegué a casa, dejé todo y me fui a dormir.

Aquel lunes, el despertador no sonó, o sonó y no lo oí. El caso es que me levanté con el tiempo demasiado justo, me hice un café rápido y salí a fumar un cigarro al pequeño balcón que tengo en casa. Un balcón con vistas a otras vidas que siempre miro atentamente. En el quinto de la calle de enfrente vive un hombre que a esas horas siempre está en un viejo escritorio leyendo la prensa. Encima, una pareja que debe de haberse mudado hace poco, porque siempre andan haciendo cosas en la casa, que si colgando un cuadro, que si poniendo cortinas o intentando encajar una mesita pequeña en la terraza. Supongo que esa fiebre, que ya dura más de un mes, se les pasará pronto. No me pude entretener demasiado con el cigarro en el balcón, se me estaba haciendo tarde.

Ahora tengo que ir andando al trabajo. Antes, mi televisión tenía un servicio de ruta para los emplea-

dos que paraba justo debajo de mi portal, pero, recorte a recorte, llegaron a mi asiento en ese pequeño autobús. He ideado una ruta propia que consiste en bajar la calle del Marqués de Zafra hasta llegar a una de las entradas del Parque de la Quinta de la Fuente del Berro. Si voy con tiempo, me detengo un rato allí y me siento en un banco a respirar un aire que no parece de Madrid. A fuerza de estos pequeños paréntesis matutinos, he terminado por entablar conversación con los jardineros, a los que el ayuntamiento quiere quitarse de en medio, con la excusa de exceso de personal. Antes del verano firmé en una hoja para defenderlos. Hay que cuidar el parque y entenderlo como ellos lo hacen: esos mimos no se pueden privatizar. El romero, el tomillo, la verbena los necesitan, como también la fuente. Uno de los jardineros me contó que hubo un tiempo en el que se decía que el agua que brotaba de ella poseía propiedades curativas y que incluso María Luisa de Orleans no bebía otro líquido que no fuese el que salía de allí.

A pesar de que había salido con el tiempo justo de casa, al pasar por el parque saludé a los jardineros y les conté mi accidentado verano. Cuando llegué por fin al trabajo, me di cuenta de que no tenía que haber ido con tanta prisa: no tenía nada que hacer. En agosto los temas dejan de ser actuales y los contenidos culturales son los que eres capaz de idear más que los que vienen dados por una agenda congelada hasta septiembre.

El día transcurrió sin pena ni gloria. Prácticamente, toda la redacción estaba de vacaciones, excepto los habituales de agosto, y apenas crucé palabra con nadie. Salí pronto: no había noticias, ni teletipos ni urgencias de ninguna clase, ni siquiera ninguna serpiente de verano.

De vuelta a casa, el paseo es menos romántico: enfilo la calle O'Donnell y en Doctor Esquerdo tuerzo hasta encontrarme con la calle de Alcalá. En total, dieciocho minutos caminando, que, para alguien que ha vivido en una ciudad pequeña, como yo, no deja de ser una caminata larga.

Cené una sopa japonesa instantánea, que no es como la *cheese curry* de la marca Cup Noodle que mi novia y yo tomábamos en Tokio pero se le parece. Yo creo que falla el sobrecito de polvos que hay que esparcir justo antes de echar el agua hirviendo.

Al ir a recuperar un paquete de tabaco del cartón de reserva que guardo en el cajón de la cocina, descubrí el manojito de llaves al que la noche anterior había dado una patada en el rellano del tercero. Me fijé atentamente en él: tenía catorce llaves, todas diferentes y cada una con una pequeña pegatina con un número y una letra. Eran de casas, de los pisos de mi edificio, el juego que tiene la portera, que todo el mes de agosto estaba de vacaciones. Lo confirmé cuando la del sexto izquierda abrió mi puerta sin problemas. «Menos mal que las he encontrado yo», pensé. O vaya desgracia, según se mire.